

De músicos, de pintores,
De jueces, de comerciantes,
De patriotas, de estudiantes,
De poetas y oradores;

Porque la ciudad entera
Es baile de carnaval,
No hallo por lo general
Ni una cara verdadera.

RICARDO CARRASQUILLA

1860.

FRESCOS DE FRA ANGELICO

En los frescos de la capilla de Santa Catalina en la iglesia de San Clemente, Fra Angélico desdeñó la reproducción de las muchas extrañas leyendas que aun en Roma habian sido ya representadas por artistas anteriores y se referían principalmente a San Lorenzo (1). Con toda sencillez pintó la vocación, el apostolado y el martirio de los dos grandes diáconos y mártires de la iglesia primitiva, logrando tratar de diferente modo sucesos enteramente parecidos, e imprimir en ellos el sello de los santos afectos de su alma limpia como un espejo.

El primer cuadro, la ordenación de diácono de San Esteban, infunde desde luego en el espectador una emoción sagrada. En una iglesia del Renacimiento y en presencia de seis apóstoles, tratados de una manera enérgicamente escultural, entrega San Pedro a San Esteban, arrodillado ante las gradas del altar, el cáliz y la patena; y el contraste entre la alteza del anciano jefe de la Iglesia y la humildad del joven diácono, es de una verdad sorprendente. A esta escena eclesiástica

(1) Cf. Klimsch, Wanderungen durch Rom (Graz 1894) 60 s.

siguen dos cuadros, cuya acción se verifica en la calle, y forman su fondo ricas construcciones arquitectónicas. Ambos frescos muestran a San Esteban algo levantado sobre una grada; en el uno repartiendo limosnas, en el otro explicando el evangelio. Las acciones de dar y recibir están aquí pintadas con tanta vida y verdad, que se puede pensar que el artista se pintó a sí mismo sin caer en la cuenta de ello. Este cuadro nació por manera eminente del íntimo carácter del maestro, de quien narra Vasari: «que era sumamente compasivo y tan amigo de los pobres que, creo—dice—que su alma debe estar ahora en el cielo.» El cuadro de la predicación de San Esteban goza, con razón, de fama especial (1). El siglo XV era la época de los grandes predicadores (2), y un hijo del mismo siglo manifiesta aquí artísticamente este consolador aspecto de aquel período. En el fondo están los hombres, y separadas de ellos, como era costumbre entonces en los sermones, se sientan en primer término las mujeres. Los semblantes y ademanes de todos manifiestan de una manera insuperable el influjo poderoso que produce en ellos el sermón de aquél, de quien dice la Escritura, que nadie podía resistir a su sabiduría y a su espíritu. Principalmente están acertadas las mujeres, que atienden con la más ferviente devoción a la exposición clara y segura del predicador, y todas ellas están cubiertas con largos mantos y llevan un blanco velo que les cubre la cabeza y los hombros. Es difícil imaginarse un grupo mejor pensado que este, cuanto a la ordenación del conjunto, y más lleno de gracia en las actitudes y las formas. En los dos últimos cuadros: Esteban ante el consejo supremo y la lapidación del Santo, decae por

(1) «Cuadro de tan embelesadora gracia, de tal variedad y profundidad de expresión, que quizá en ningún otro de esta capilla estuvo el artista tan acertado.» Steinmann, Rom 12.

(2) Cf. vol. I, p. 144 s.

el contrario en parte la composición del piadoso pintor; y a la verdad, esta su impotencia sirve en cierto modo para aumentar su gloria; pues su imaginación, semejante a la de un ángel, estaba demasiado llena de amor y éxtasis, para poderse penetrar de tales escenas, donde sobresalen el odio y la violenta enemistad. Por esto fracasó aquí Fra Angélico, como cuando en sus cuadros del juicio universal quiso representar al demonio con toda su malicia (1). La figura del joven confesor está, por el contrario, acertadísima en ambos frescos: con fe incommovible como una roca, defiende la doctrina cristiana; y con rendimiento conmovedor, padece por ello la muerte.

Si ya los frescos de San Esteban muestran en muchos respectos un adelanto, asombroso en un artista de sesenta años, aún más ocurre esto en los de San Lorenzo.

La composición de las respectivas escenas lo manifiesta claramente. A la verdad, el mayor progreso se muestra en el fondo arquitectónico, donde, no sólo es más correcta la proporción con las personas representadas, sino se nota asimismo en todas partes mayor acabamiento; la agrupación de las figuras es natural y su ejecución más segura y equilibrada. En lugar de los antiguos trajes de la primera serie de frescos, que consisten generalmente en la túnica y el manto, aparecen ya todas las personas con los trajes del siglo XV (2). Otra novedad es además, que el artista no tiene reparo en emplear el retrato de su augusto protector. Sixto II, con las facciones de Nicolao V, entrega a San Lorenzo el cáliz y la patena: el Papa está sentado con sus ornamentos pontificales y la triple corona; al paso

(1) Rio II, 36. Cf. Burckhardt loc. cit. Förster, Fiesole (Regensburg 1859) 10. Marchese, Memorie I^a, 373 ss. Faucon en la Zeitschr. L'Art 1883 p. 144. Mél. d'archéol. 1889 p. 146 s.

(2) Beissel, Fiesole 84. Steinmann, Rom 15.

que Lorenzo, lleno de santo anhelo, eleva entrambas manos para recibir los símbolos del diaconado. El uno es la imagen de la dignidad; el otro de la pureza. Detrás de este grupo medio, se ven en un magnífico pórtico del Renacimiento, un diácono y un subdiácono, a la izquierda tres sacerdotes con capas de color, y a la derecha tres ministros (1).

Otro más delicado homenaje al benéfico Pontífice, que daba de comer cada semana a 900 pobres (2), ofrece el artista en el cuadro que representa a San Lorenzo repartiendo limosnas. Ante los ojos del espectador se abre la nave central de una basílica adornada de columnas, y sobre este fondo, pintado con la más artística perspectiva, se eleva noblemente la figura del Santo que está ejercitando la primitiva incumbencia de los diáconos. Viste una blanca túnica, en la que se ven bordadas llamas de amor y la divisa de San Bernardino: el anagrama de Jesús; los necesitados se le acercan, llenos de acatamiento y reverencia, y están pintados con finura de observación. A la izquierda se ve a un cojo que extiende la mano, y junto a él dos mujeres, una con su hijito en los brazos, y la otra conduciendo de la mano a un muchacho. En tierra yace un inválido a quien el Santo alarga su limosna. Todavía es más perfecto el grupo del lado derecho; en primer término una encantadora pareja de niños; la hermanita muestra deseos de ver lo que su hermanito ha recibido, y el semblante de ambos aparece radiante de alegría. Sobre los niños se inclina un anciano apoyado en su palo, extendiendo ansiosamente la diestra; junto a él un joven cuyos rasgos enfermizos atestiguan su grave padecimiento, y en el fondo una anciana que extiende

la mano orando y pidiendo. En la extrema derecha está pintado un ciego caracterizado con el mayor acierto, por cuanto parece que anda y se mueve a tientas. En los semblantes de todos estos pobres ha derramado Fra Angélico aquel rasgo de suave abandono, que respondía tan exactamente a su propia índole. Todavía es más admirable el entregamiento a la divina voluntad que expresa la faz de San Lorenzo, en el fresco donde el Santo encadenado, pero con la cabeza altamente erguida, está silencioso ante el tribunal del emperador; el cual señala inútilmente los instrumentos de martirio colocados en el suelo.

Se ha indicado la conjetura de que algunas partes importantes de estos frescos habían sido ejecutadas por Benozzo Gozzoli, el cual se hallaba en efecto entre los auxiliares de Fra Angélico; pero, luego que se ha investigado más hondamente el desarrollo artístico de Fra Angélico, esta opinión se ha convencido de insostenible. Podrán pertenecer a Gozzoli algunos pormenores; pero las cosas principales son indudablemente propiedad exclusiva de Fra Angélico. Este fue del número de aquellos artistas verdaderamente grandes, que nunca se estacionan, sino trabajan incesantemente en perfeccionarse. Las obras de toda su vida muestran un continuo progreso: desde el pintor de miniaturas y pequeños relicarios, se desarrolla de una manera enteramente orgánica el artista de grande y clásico estilo (1); en los frescos de San Lorenzo, da Fra Angélico el último y decisivo avance; ellos constituyen el acabamiento, pero también el apogeo de su arte.

LUDOVICO PASTOR

(1) La composición de Fiésole sirvió de modelo a Melozzo da Forlì para su fresco: Sixto IV nombra a Platina prefecto de la Vaticana (v. nuestras indicaciones t. II, vol. IV, cap. XI).

(2) Cf. arriba p. 20.

(1) Wingenroth, Beiträge zur Angelico-Forschung, en Repert. f. Kunstwissenschaft XXI, 437 s. V. también Kraus. Gesch. der christl. Kunst II, 2, 1, 259.